



ARQUIDIOCESIS DE
SAN JOSÉ

CARTA PASTORAL
JESUCRISTO
SEÑOR DE
NUESTRA HISTORIA

JOSÉ RAFAEL QUIRÓS QUIRÓS
ARZOBISPO METROPOLITANO DE SAN JOSÉ



INTRODUCCIÓN

“Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo”. (Efesios, 5-19). Con estas hermosas palabras del Apóstol, como creyente, deseo animar a toda la comunidad arquidiocesana a seguir navegando en las aguas calmas y tempestuosas del presente, en ocasión del centenario de la erección de la Arquidiócesis de San José, de este Año Josefino y del centenario de la creación de la Provincia Eclesiástica de Costa Rica. Acontecimientos significativos para el ser y la misión de nuestra comunidad eclesial con el patrocinio de san José, esposo de María, padre y custodio de Jesús:

“Del mismo modo que Dios constituyó al otro José, hijo del patriarca Jacob, gobernador de Egipto... designó a este otro José... y le constituyó señor y príncipe de su casa y de su posesión y lo eligió por custodio de sus tesoros más preciosos (María y Jesús)...”¹

San José es icónico para la vida espiritual del cristiano y para el acontecer de la comunidad eclesial, en él encontramos desafíos, discernimientos y resoluciones que coinciden con las alegrías y las esperanzas, los retos y las dificultades en el camino que la Iglesia recorre en la historia. También, encontramos en él una guía de esperanza para todas aquellas personas distantes de las prácticas religiosas formales. Su figura es fuertemente llamativa para todo individuo por todo lo que descubrimos en este hombre sencillo, humilde pero sabio. Su actuar ilumina nuestro caminar diocesano como cuerpo viviente.

Así como nos impacta la manera en que terminó el diálogo de María con el Arcángel san Gabriel: “¡hágase!”, en latín “*fiat*”, en los relatos de san Mateo, referentes a José, existe una expresión paralela con la cual se describe su disposición ante el anuncio de la Encarnación del Verbo de Dios: “*despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado*” (Mt 1, 24). Se trata del “*fecit*” (hizo), cuya comprensión nos servirá de marco para enunciar el principio teológico y pastoral básico que puede animarnos en la hora presente.

EL “FECIT” DE SAN JOSÉ

1. FUE DÓCIL A SU DIOS

El relato del Evangelio según san Mateo, presenta a José como un hombre justo, apegado a las tradiciones religiosas judías quien, en su plan de vida, estaba constituir su propia familia; había decidido dejar a su padre y a su madre para unirse a una mujer, María de Nazaret, a quien conocía y amaba de verdad. En la intención de José estaba la fidelidad sincera y la recta observancia de la Ley, porque la conoce y se esfuerza en ponerla en práctica. Sería el típico judío bien formado y practicante del siglo I.

José es ubicado por san Mateo en el corazón de la historia de salvación:

“La generación de Jesucristo fue de esta manera: su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. Su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto” (Mt 1, 18-19).

En la perspectiva de un justo hombre judío, su vida se habría desplomado, su prometida habría infringido el corazón de la Ley y hecho una grave ofensa al honor del esposo, de la familia y de Dios. Las tinieblas se ciernen sobre sí, amaba a María al tiempo que debía fidelidad al honor de familia y al mandato de la Ley religiosa. ¿Cómo resolver esa tensión?

Con su corazón de hombre de fe judía resolvió no sin dolor pero con una natural prudencia, el fracaso de sus planes personales. Amaba a Dios y amaba a María: en la fidelidad al primer amor debía reparar el honor herido, en fidelidad al segundo amor no quiso entregarla al castigo. Por ahora, considera como lo mejor no exponer a su amada públicamente, declinar el compromiso matrimonial sin ponerla en riesgo y, de ese modo, reparar su honor, el de la familia y el de Dios. Cuando todo parece estar dicho y no se vislumbra una posibilidad diferente, preguntémonos ¿qué tendría que decirle el Dios de Israel al sufriente José?

Esta historia nos ayuda a comprender que las historias pueden ser dramáticas, empero su desenlace no es trágico cuando se está abierto a que el Señor pronuncie la última palabra. Desde nuestra fe cristiana leemos, en este trance de José, un acontecimiento salvífico, en primer término, para él mismo. Fue todo un proceso para madurar su fe, mejor aún, para dar un salto cualitativo, de la fe judía a la fe cristiana. Y en este drama, entonces, descubrimos un paradigma nuevo, un genuino acontecimiento de conversión de la vieja religiosidad a la religiosidad cristiana, desde la profundidad de su ser vive una auténtica “pasión”. Es cuando interviene el Dios de Israel para decirle “*José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo*” (Mt. 1, 20).

Así como Jacob ya no fue el mismo después del combate con el ángel a orillas del Yabboq (cf. Gn. 32, 23-33), ni tampoco Tomás después de tocar las llagas y el costado del Resucitado (cf. Jn. 20, 27-29), del mismo modo José no sería el mismo, ni tampoco su actitud religiosa, ni su actitud hacia María. Hay una conversión religiosa, hay un cambio en la comprensión y vivencia de aquella experiencia dramática, porque

“Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados...”. “Despertado José del sueño, hizo (fecit) como el Ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer” (Mt. 1, 21. 24).

Con ello se nos invita a comprender que nuestra fe es una fe peregrina, una fe no presupuesta, la fe que se vive correlativamente con las durezas de la vida, no fuera de ella; una fe peregrina porque está en movimiento, una fe que no es estática, no busca garantías o ídolos.

“Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es, a menudo, de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. Si no nos reconciamos con nuestra historia, tampoco podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones”².

Lo que para José había sido un panorama oscuro, da paso a entender que por la entrañable misericordia de nuestro Dios, había llegado *“el sol que nace de lo Alto, para iluminar a los que viven en tiniebla y en sombra de muerte, para guiar los pasos por el camino de la paz”* (Lc 1, 78-79). Es tiempo de ponderar el lugar de la fe en la vida del creyente y de la comunidad eclesial, desafiada, en este momento, por los cambios culturales de la sociedad costarricense.

Hoy, cuando mucho es teoría, racionalismo y muchas veces ideología, san José nos enseña que es desde la experiencia profunda de Dios que se debe actuar. Se excluye, así, todo pragmatismo irreflexivo.

2. VIVIR LA FE HOY

En nuestros dramas humanos, personales, eclesiales y sociales, dejemos que llegue a cada uno de ellos la luz que despierta la esperanza y acoge el amor que esclarece y libera. Así, ante la pregunta que muchos se hacen; ¿si Dios es bueno, cómo permite el mal y el sufrimiento por la enfermedad, esta pandemia, el dolor, la pobreza, las injusticias, la pérdida de oportunidades, y la muerte misma? Sin la experiencia de ese “Sol” que disipa las tinieblas, muchos de los creyentes no suficientemente catequizados y muchos que no viven formalmente una experiencia cristiana están desconcertados, necesitan de una Iglesia que le lleve a la Luz transformadora.

San José experimenta una genuina Pascua, la cual quedará sellada en su plenitud hasta el acontecimiento del Calvario y la resurrección del Señor. Hoy son muchos quienes necesitan pasar de la propia observancia de la Ley, a la experiencia de amor gratuito. El acontecimiento josefino es un acontecimiento de conversión personal, paradigma del movimiento que la Iglesia católica viene transitando aun desde antes del Concilio Vaticano II, de la cristiandad a un cristianismo discipular misionero, que va cristalizando como el modelo pastoral más personalizado y personalizante, piedra de toque para la edificación de la Iglesia y su misión. Llamados a vivir y ser esperanza para otros:

“La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas”³.

Es interesante ver que muchas propuestas económicas o políticas se practican como una religión; por ejemplo, el consumismo, que es adictivo, se convierte en religión en la medida en que se señala que no progresa la sociedad si no se promueve. Los grandes centros comerciales son sus templos y lugares de peregrinación, ahí los comportamientos asumen rasgos de verdadero culto. El poder, el placer, el dinero, la fama o exaltar la estima personal son las fuentes en las que las personas buscan saciar el sentido de la vida, en algunos casos hasta llegar a una verdadera esclavitud. Nuestro mundo necesita libertad y paz interiores, que se muestran como gozo y alegría después de acontecimientos difíciles que han marcado la propia vida.

De ahí que los primeros convencidos de la fe y de lo que se debe proponer somos nosotros, los católicos comprometidos, con el semblante de satisfacción, de auténtica alegría, realización humana y espiritual de la propuesta que estamos haciendo. La de José sería una vida realizada y feliz a partir del acontecimiento del encuentro con su hijo, el Hijo de Dios. José fue custodio de el Salvador y asumió el propósito de compartir la experiencia, la felicidad y la plenitud de vida que brota de esa relación. Hoy nos toca a nosotros, con verdadero gozo, proponer que el acontecimiento cristiano no es una operación de manipulación o imposición de meras creencias, ritos o normas morales. Somos una familia de discípulos misioneros de Cristo que acoge a todos y anuncia con alegría la Buena Nueva. La garantía de autenticidad de la experiencia cristiana está en la puesta en juego que de la propia vida hace el cristiano, como lo hizo José.

Dejémonos impactar por el actuar de José, sintámonos invitados a recorrer el camino renovado de la existencia personal, familiar y comunitaria, saliendo del escándalo de la cruz para asumir el estilo de vida del amor oblativo. Nuestros contemporáneos necesitan vernos así, pues son presa de la ideología individualista, exacerbada en niveles extremos de rechazo a la naturaleza misma,

de proyectos de deconstrucción de la persona y de promoción de estilos de vida que ponen en riesgo la auténtica humanización. Están escandalizados del sufrimiento y de la muerte. Se apegan a dioses transitorios y dejan escapar la vida plenificante por temor a desperdiciar los minutos que consideran valiosos del breve paso por este mundo. José se abre a la eternidad que le ofrece el Hijo. Es servidor del Reino de la vida. Desafía los valores de la sociedad de su época para asumir la propuesta que, en verdad, dignifica. Acogió amorosamente convencido a Jesús.

En Nazaret lleva adelante todo el proyecto de Dios en su vida. Purificó todo lo anterior y ahí se asentó: ser padre de Jesús y esposo de María. Hoy, cuando se habla de una nueva masculinidad, en José encontramos a un hombre de verdad, que amó profundamente a su esposa, no se desentendió de Jesús, sino que ejerció la paternidad con todo lo que implica, compartió con él su fe, le enseñó a amar, a trabajar. Y así, viviendo la inseguridad, la persecución, la precariedad confiada en el Señor, ilumina aspectos fundamentales de nuestra sociedad costarricense.

Vive la experiencia de la auténtica libertad, quien va luchando como José en medio de las vicisitudes, sin aferrarse a ejecutar su propio plan, no condiciona su propia respuesta de amor a Dios y al prójimo a un resultado simplemente humano. La sola concepción natural de lo religioso confunde la fe con la convicción mental de que Dios deberá hacer la voluntad del ser humano, deformando así su verdadera imagen, a la de un poder superior que venga a sustituir aquello que el ser humano, por su fuerza, no podría conseguir, resolver o conquistar. La madurez cristiana, por el contrario, es oblación y entrega amorosa, no la conquista casi idolátrica de la voluntad del Dios viviente que lo subordina a meros intereses humanos.

3. JOSÉ DESDE LA PERIFERIA

No era oriundo de Jerusalén, tampoco de Séforis, la capital de Galilea. José era oriundo de una aldea periférica, cerca de la cual no pasaba ninguna ruta comercial importante, habitada por judíos quienes resistían a la aplastante cultura de los invasores romanos,

que deslumbraba en Séforis y, años después, en Tiberíades, como está demostrado por la arqueología bíblica. Acerca de cómo miraban muchos a Nazaret, es elocuente el encuentro de Felipe y Natanael, cuando el primero dijo a este: *“Aquel de quien escribió Moisés en la Ley y, también los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret”*. Natanael contestó con una pregunta: *“¿De Nazaret puede haber cosa buena?”* (Jn 1, 45-46).

Pues, en una sociedad tan desigual como la nuestra, existen muchas “Nazaret”: las zonas rurales, con rezagos visibles en sus indicadores de desarrollo humano y pobreza, en comparación con la Región Central; los más de 400 asentamientos informales, en situación de precario y tugurio; los pueblos originarios. El santo Patriarca es una señal del Señor que dirige nuestra mirada a estas periferias para construir una sociedad que acoja y se preocupe por todos, de cuyos logros y bienestar nadie quede por fuera, ni nadie quede atrás.

El oficio de san José es descrito con la palabra griega *tekton*, tradicionalmente traducida como “carpintero” pero que solía referirse a un trabajador que, además del arte de la ebanistería, era un albañil que trabajaba mezclas y piedras para la construcción. Vivía del trabajo manual, tenía un ingreso para vivir y, por períodos, sobrevivir. Por eso, cuando lleva a su esposa a la liturgia de purificación que debían realizar todas las mujeres tras el parto, debido a la sangre derramada, *“ofrecieron... lo que dice la ley del Señor: ‘un par de tórtolas o dos pichones’”* (Lc 2,24). En realidad, el rito correspondiente exigía presentar, para ser sacrificados, un cordero de un año y un pichón o una tórtola. Pero, *“si no le alcanza para comprar el cordero”*—entiéndase, por su pobreza—, podía sustituirlo por un pichón o una tórtola (Lv 12, 6-8). Esta situación de la Sagrada Familia nos coloca de frente a nuestra escandalosa realidad, en cuanto a la creciente brecha social; según los más recientes datos del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC), en nuestro país, a 23 de cada 100 hogares “no les alcanza” para satisfacer todas sus necesidades básicas y a 6 de cada 100 para consumir los alimentos necesarios cada día. San José, nos ayuda a no desviar nuestra mirada de esta terrible realidad para comprometernos a que todas las personas del país alcancen el pleno bienestar. Hemos de rebelarnos contra toda indiferencia.

El trabajador san José no fue un hombre que pudo acumular dinero. Su trabajo como *tekton*, con toda seguridad, no siempre tenía demanda suficiente en una aldea como Nazaret, de unos 200 a 400 habitantes, por lo que, posiblemente, realizaba, también, trabajos en la cercana ciudad de Séforis, a seis kilómetros de distancia (una hora de camino). Pero, como hombre de fe, que asistía a la sinagoga los sábados para escuchar la Palabra de Dios y enseñado por su propio papá, según la costumbre israelita (Ex 10,2; 13,8-9; 13:14; Dt 4,9; 6,20-22; Sal 44:1; 71,18; 78,5-6) desde niño, sabía que el pan de cada día de su familia era un don de Dios (Ex 16), así como el fruto de su trabajo (Sal 128,2). Nos mueve san José a luchar para que en Costa Rica todos tengan un trabajo digno y suficiente, para acabar con las escandalosas cifras que arrojan las encuestas, el flagelo del desempleo, la insuficiencia de horas de trabajo, el empleo informal, la pobreza y la pobreza extrema.

“Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo” (Mt 2,13), fue el mandato de Dios a san José. De esa manera, la familia de san José, la Virgen María y el niño Jesús, se convirtieron en migrantes. Hoy les llamaríamos refugiados. Permanecieron en Egipto por un tiempo. Seguramente, vivieron en alguna comunidad de judíos de Egipto quienes no hablaban su misma lengua y quienes fueron, en algunos momentos, víctimas de humillaciones y persecuciones, producto de la xenofobia, atestiguadas por la historia. José se ganó el pan de su familia con el sudor de su frente, como migrante trabajador.

Para quienes no habían entendido qué significaba, en la Palabra de Dios, que *“Él defiende la causa del huérfano y de la viuda, y muestra su amor por el extranjero, proveyéndole ropa y alimentos”* (Dt 10,18), el mismo Verbo encarnado se hacía inmigrante, pero custodiado por su padre. Mirar a san José nos desafía como cristianos en un país con una realidad migratoria muy importante, pues es destino de personas migrantes quienes llegan a nuestro suelo a trabajar o huyendo de la violencia; que es corredor de tránsito de miles de migrantes cargando sus pequeños hijos quienes persiguen llegar a Norteamérica buscando mejor

vida, que, también, hace que sus habitantes busquen nuevos horizontes para asegurar la existencia y que, asimismo, hace que sus habitantes busquen nuevos horizontes para asegurar la existencia. Estamos llamados a desterrar toda xenofobia, al creernos superiores despreciando su procedencia o aprovechando su condición migratoria para explotarlos.

San José era un hombre justo (Mt 1,19), abierto a la voluntad de Dios (Mt 1,20 y 2,13) y fervoroso israelita, quien transmitió a su hijo la vivencia de su fe y, con seguridad, le propició una educación de acuerdo con sus posibilidades y conocimiento. Anhelamos, como Iglesia, que esto se siga dando en nuestras familias, como herencia indispensable, sobre todo hoy cuando la brecha educativa es evidente y se ha ahondado por la pandemia. Una sociedad justa es la que ofrece oportunidades educativas sin exclusión y aprovecha los talentos de las personas sin mirar su procedencia social.

SEGUNDA PARTE.

UN ESPACIO PARA JESÚS

1. SU PRESENCIA ES ESPERANZA

Al recibir como regalo del Señor este primer centenario de nuestra Arquidiócesis, en este año dedicado a san José, considero necesario no cerrar los ojos a los desafíos pastorales de la comunidad eclesial y de los propios desafíos de la sociedad costarricense en el Bicentenario de Independencia.

“No había lugar para ellos” (Lc 2, 7). El primer desafío pastoral es conservar, cultivar y compartir gozosamente la fidelidad al Evangelio, en toda su vitalidad transformadora y exigencia humanista. Es reservar el espacio requerido para el Señor y que, así, inunde con su aroma de amor toda nuestra realidad y que no se siga repitiendo la historia del rechazo, la falta de misericordia, de empatía y de la más mínima consideración humanitaria. Hoy somos llamados a luchar contra toda deshumanización y proceso deshumanizante.

Por ello, ante la división, la apatía, la falta de amor y la indiferencia en todos los órdenes, la injusticia, el menosprecio por la vida humana y la inequidad, hemos de sentirnos exigidos a vivir una experiencia fuerte de encuentro con Jesucristo, que deje una huella indeleble, una marca y madure la conversión personal y comunitaria desde la raíz y transmitir, mediante un fuerte compromiso, todo esto al mundo desértico que nos está tocando vivir.

Nos enfrentamos pues, ante el gran desafío de aceptar o rechazar para quién es el Evangelio. La encarnación del Verbo es camino de personalización, es la ruta de la acción eclesial: desde la interioridad de la persona hasta su expresión más exterior y social. La raíz de la división humana está recogida en el relato de “la caída” del tercer capítulo del *Génesis* que puede ser una interpretación clara del drama de la comunidad diocesana y sus comunidades parroquiales. Por lo que, como hizo José, la Iglesia arquidiocesana ha de discernir el signo fundamental de nuestros tiempos que oriente una acción orgánica pastoral. Tal signo está intrínsecamente enlazado con el proceso de la fe, tal como José, quien rozó en la rebelión inicial y maduró a la colaboración con el plan salvífico.

Teniendo presente que, desde 1921, han sido muchos los cambios que se han dado en el territorio arquidiocesano desde los geográficos hasta los culturales y los religiosos, los económicos, los políticos y sociales, la misión que nos ha confiado el Señor es muy clara:

“la Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y observando fielmente sus preceptos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino. Y, mientras ella paulatinamente va creciendo, anhela simultáneamente el reino consumado y con todas sus fuerzas espera y ansía unirse con su Rey en la gloria”⁴.

Es necesario, por tanto, continuar empeñados en llenar del Evangelio todos los lugares y todos los ambientes de nuestra sociedad, que ha vivido y vive procesos de transformación profundos en cuanto a las maneras de actuar, de pensar, en fin, de vivir. Queriendo responder a esta realidad, la Arquidiócesis ha ido palpitando al

ritmo de la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II y las Conferencias del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Como fruto de ello, me atrevo a afirmar que se ha dado una primavera de la participación laical en comunión y corresponsabilidad, la cual ha enriquecido nuestro actuar pastoral: movimientos kerigmáticos, catequéticos, de obras sociales, expresados en un amplio despliegue de agrupaciones, pequeñas comunidades e iniciativas pastorales en las casas y en los barrios, en el campo y en la ciudad, en las redes sociales ahora y en la radio y la televisión. Es constatable la presencia eclesial en centros educativos, espacios de la política, la economía, la salud, la cultura. ¡Acojamos con entusiasmo el desafío de continuar con una comunidad eclesial que edifica y anima el tejido social hacia las rutas del bien y del humanismo del Evangelio! El Señor ha de ocupar el lugar principal en nuestro proyecto de vida.

En plena comunión con el Santo Padre Francisco, acogemos con mucha alegría la convocatoria “*Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*”.

2. JESUCRISTO: VERDAD QUE TRANSFORMA.

Cabe señalar que el paso de una sociedad rural a una sociedad cada vez más urbana, nos plantea un desafío: la necesidad de cambiar nuestros modos de actuar en las ciudades, comprendiendo sus lógicas, discerniendo en ellas la presencia de Dios, y buscando los caminos para que nuestras opciones pastorales tiendan un puente entre la vida de nuestra comunidad diocesana y parroquial con la vida de los hombres y las mujeres en las ciudades. Necesitamos una pastoral urbana “de salida” al encuentro de las personas concretas, en sus vidas cotidianas, y que sepa encontrar los destellos del Reino que en las ciudades hay.

Otra transformación es la paulatina toma de conciencia de ser cada vez más plurales desde el punto de vista social, religioso y cultural. Esta conciencia nos plantea el desafío de ser una Iglesia dialogante, de pastores y laicos atentos a los signos de los tiempos para crecer en la fidelidad al Evangelio y nos preocupemos de vivir de

tal manera que nuestro estilo de vida haga resonar la Palabra y las obras de Dios en los contextos concretos. También: ser, presentarse y actuar como una red de comunidades que, con su comunión y servicio, atestiguan la vitalidad del Padre de Jesucristo. Es fundamental tener en cuenta que la comunidad *“es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración”*⁵.

Requerimos seguir cultivando la realidad comunal de la Iglesia y, por tanto, dialogante y poder, así, fortalecernos en lo que ha sido nuestra historia de los últimos cien años. El desafío es profundizar un estilo relacional-sinodal basado en la comunión del diálogo. Hago mías las palabras del papa Francisco:

“Las demás instituciones eclesiales, comunidades de base y pequeñas comunidades, movimientos y otras formas de asociación, son una riqueza de la Iglesia que el Espíritu suscita para evangelizar todos los ambientes y sectores. Muchas veces aportan un nuevo fervor evangelizador y una capacidad de diálogo con el mundo que renuevan a la Iglesia. Pero es muy sano que no pierdan el contacto con esa realidad tan rica de la parroquia del lugar, y que se integren gustosamente en la pastoral orgánica de la Iglesia particular”⁶.

Nuestra gratitud sube al Señor por todos los carismas presentes en nuestra Iglesia particular. Esto supone que, en cada parroquia, se faciliten los mecanismos de diálogo en su seno, primordialmente, mediante el consejo pastoral, y que, desde allí, se tiendan puentes para dialogar en el interior de la Iglesia y hacia afuera con hombres y mujeres quienes se empeñan por hacer más humana la vida de todos. Y supone, también, responder al desafío de originar, madurar y conservar la fe con procesos claramente establecidos de discipulado misionero, pues estos son los primeros espacios de sinodalidad. Hay que superar una vivencia meramente costumbrista o rutinaria de la fe, es necesario que los agentes evangelizadores, en todos los órdenes y niveles, tomen en serio la invitación de vivir caminos comunitarios de vivencia de la fe, sobre todo hoy, cuando

la dominante ideología individualista, utilizando todos los medios posibles, con fuerte financiamiento, propone un ser humano separado radicalmente del conjunto de la naturaleza y de la corresponsabilidad histórica, que está llevando a la exclusión, la división y el fraccionamiento sociales.

La tentación individualista de ser cristianos sin Iglesia también desafía a la comunidad arquidiocesana, equivalente a ser servidores pastorales sin estar viviendo procesos de cultivo y desarrollo de la fe. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión. *“Esto significa que una dimensión constitutiva del acontecimiento cristiano es la pertenencia a una comunidad concreta, en la que podamos vivir una experiencia permanente de discipulado y comunión con los sucesores de los Apóstoles y con el Papa”*⁷. No solo la forma comunitaria del cristianismo es desafiada en nuestra sociedad individualista, también lo es la raíz de la comprensión de quién es y qué significa Jesucristo muerto y resucitado. Acontecimiento que conduce a un estilo de vida caracterizado por el vaciamiento de sí en favor del otro.

Es necesario que resuenen en nuestros oídos las palabras de Benedicto XVI: *“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”*⁸, por ello sabemos que nuestra tarea primordial como Iglesia será suscitar ese encuentro personal con Jesucristo para todas las personas con quienes convivimos en nuestra sociedad, puesto que reconocemos que solamente Él es quien colma todos nuestros anhelos, necesidades y deseos, como bien lo recordara, desde san Agustín de Hipona: *“Nos hiciste Señor para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en Ti”*. La misión de la comunidad arquidiocesana es la de contagiar del amor que brota de la Divina Comunidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: la familia, los lugares de trabajo, de estudio y otros.

Debemos madurar en el auténtico amor escapando de las meras emociones y sentimientos para alcanzar, en la verdad del Evangelio, la libertad con respecto a los ídolos.

5 Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 28.

6 Ibid. n. 29.

7

Documento Aparecida, n. 156.

8

Benedicto XVI, *Deus Caritas* n. 1

Somos llamados a interiorizar esta verdad:

“Este pueblo mesiánico tiene por cabeza a Cristo, «que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación» (Rm 4,25), y teniendo ahora un nombre que está sobre todo nombre, reina gloriosamente en los cielos. La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros (cf. Jn 13,34). Y tiene, como fin, de dilatar más y más el reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que al final de los tiempos Él mismo también lo consume, cuando se manifieste Cristo, vida nuestra”. (cf. Col 3,4)9.

Hay que abrirle espacio al verdadero amor. Continuemos fortaleciendo los esfuerzos de vivir juntos un compromiso pastoral que transforme la vida de todos, personal y socialmente; para ello, es necesario reconocer la riqueza humanizadora de la vida evangélica entre los pobres, los frágiles, los vulnerables.

3. COMPROMETIDOS EN LA TRANSFORMACIÓN

Estamos llamados a no ser meros espectadores de lo que sucede a nuestros hermanos, sino llamados a una conversión transformadora, por lo que

“hoy tenemos que decir «no a una economía de la exclusión y la inequidad». Esa economía mata. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar más que se tira comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad. Hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del «descarte» que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de

algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes»”10.

A los católicos que hoy están participando de la vida social, económica y política del país, les animo a romper los ingratos límites que las idolatrías egocéntricas imponen como custodiadas murallas, para dar paso a la esperanza fascinante de ser los hermanos de Cristo, en Cristo y por Cristo. Es necesario, también, romper con el abuso a los inmigrantes, la agresión intrafamiliar y a la mujer, la desatención al proyecto natural y cristiano del matrimonio y la familia, la cultura de muerte, entre otros, porque son signos de una situación profunda: en la raíz no se tiene presente a Dios. Nos desafía, aún más, que se va perdiendo, en la conciencia colectiva, la referencia a la responsabilidad moral ante Dios y el prójimo, lo cual es notorio, incluso en los cambios que realizan de la doctrina constitucional y jurídica.

Ante el espectáculo, muchas veces deprimente, de una cultura que empuja hacia la autorrealización personal individualista a toda costa, no importando ir contra la ley natural, socavando la vinculación de la persona con el Creador y su propuesta de humanización. Esto trae como consecuencia la desintegración interior y la lesión al tejido social presa de la idolatría del dinero, del poder, del placer con su ideología. Estas manifestaciones desafían a la comunidad eclesial, pues no se trata solo de un asunto de pertenencia religiosa, es la suerte misma de cada ser humano la que está en juego. No faltará quien piense que estamos viviendo un postcristianismo pero, más bien, estamos ante un nuevo periodo pre-cristiano, que reta a la misión.

En esta tarea es necesario, asimismo, evaluar nuestros procesos evangelizadores y catequéticos que han de incorporar esos elementos en sus distintos ámbitos, de manera que podamos ir aprendiendo a vivir en comunión, en diálogo con la sociedad, cuidando la casa común, propiciando la centralidad de toda persona en las instituciones y en la sociedad. Es asumir un estilo de vida, una espiritualidad que nos lleve a transformar los corazones de las personas, las instituciones de la Iglesia y la sociedad, y la vida cotidiana de todos.

“La liberación fundamental que la Iglesia puede darnos consiste en estar en el horizonte de lo Eterno, en el salir de los límites de nuestro saber y de nuestro poder. La fe misma, en toda su grandeza y amplitud es, por esta razón, la reforma siempre nueva y esencial de que tenemos necesidad; a partir de ella debemos poner a prueba las instituciones que en la Iglesia nosotros mismos hemos constituido”¹¹.

Estos desafíos implican, también, una revisión constante y un análisis crítico de nuestra acción pastoral en la sociedad, mediante el ejercicio sinodal del discernimiento evangélico. Asimismo, no dudamos en señalar que el problema fundamental del costarricense es un problema de fe, de actitud religiosa, de cómo la concibe, la cultiva, la vive, así lo que espera y no espera de ella. Buscando las opciones para llevar adelante una conversión personal, pastoral y social que anuncie el Reino de Dios.

Animo al clero, a los miembros de la vida consagrada y a las comunidades parroquiales a formularse y a responder sabiamente, desde su propio caminar, estas y otras preguntas: ¿cómo favorecer el encuentro personal y comunitario con Jesucristo?, ¿cómo acompañar al pueblo en su búsqueda de respuestas a los desafíos actuales? Ante los cambios vertiginosos que vivimos, ¿cómo aprender del pasado?, ¿cómo crecer en capacidad de diálogo y discernimiento?, ¿cómo mantenerse fieles al Evangelio y acoger las nuevas vivencias humanas?, ¿cómo favorecer el conocimiento y la vivencia del Magisterio Social de la Iglesia en los ámbitos internos y externos? Las respuestas, sin duda, nos resultarán provechosas para que nuestra fe, esperanza y caridad sean más firmes, fuertes e intensas en la búsqueda de una sociedad más humana y una Iglesia no ausente, porque es más conforme con el reinado de Dios.

Conclusiones

Finalizar este año dedicado a san José, hemos de tomarlo como un punto de partida en nuestro caminar pastoral arquidiocesano, para asumir más en serio el nombre de cristiano y, por tanto, discípulos de Jesús. Como ha quedado claro, la figura de san José nos ilumina y, a la vez, nos cuestiona acerca de la seriedad con la que debemos vivir nuestra fe, considerando que es evidente el peligro de una vivencia superficial o simplemente cultural o anecdótica de la fe. Ese José, hombre justo y fiel, debe inspirar y animar nuestra vida en todo momento, mirando siempre hacia el amplio horizonte de la propuesta cristiana, que no se queda en la simpleza de lo inmediato, sino que nos invita a caminar, a dar pasos todos los días sin detenernos, dando lo máximo para alcanzar lo supremo.

Anunciar a cuantas más personas se pueda, mediante actitudes concretas, que el cristianismo no es una religión más en el mundo, sino la Verdad que ha llegado a nosotros y que da sentido a toda existencia humana. Las tinieblas han sido expulsadas de nuestro entorno: *“El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz”*, (Is. 9,1), no podemos permitir que se siga presentando como relativo lo que es absoluto o anunciando como verdad lo que sabemos con claridad es mentira. En el mundo del mercado que vivimos, se repite el drama del Edén, en el cual el espíritu del mal presentó a nuestros primeros padres como sumamente atractivo traicionar al Creador, con tal de dar trayectoria a las propias apetencias de poder y falsa autonomía.

Siguiendo los pasos de san José, hemos de tener la capacidad para *“dar razón de nuestra esperanza”* (1Pe. 3,15) en medio de la oscuridad de los conflictos humanos; modelemos, al estilo del carpintero, un corazón dispuesto a amar en medio de la incertidumbre, sabiendo que, quien nos amó primero, nos conduce por su presencia a la plena certeza. José, en la línea de los grandes patriarcas, como Abraham, desde la fe esperó contra toda esperanza, alcanzó al final la plena y gozosa felicidad, la paz y plena participación en la eternidad.

San José nos anima a adherirnos plenamente a su Hijo y a cantar juntamente con su esposa María: *“Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador”* (Lc. 1, 47).

+José Rafael Quirós Quirós
Arzobispo Metropolitano de San José
San José, 7 de diciembre de 2021



ARQUIDIÓCESIS DE
SAN JOSÉ

